

A partir del Cordobazo

Juan Carlos Torre

Juan Carlos Torre es profesor en la
Universidad Di Tella

ESTUDIOS • Nº 4
Diciembre 1994
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

Las cronologías del Cordobazo suelen distinguir tres momentos del desarrollo de los acontecimientos. El primero, que comienza en la mañana del 29 de mayo, en el que se asiste al avance de las varias columnas de manifestantes hacia el centro de la ciudad, siguiendo las rutas trazadas por los organizadores de la movilización. El segundo momento, se inicia sobre el mediodía y es singularizado por las primeras escaramuzas con la policía; luego, la muerte del obrero Máximo Mena precipita los combates callejeros, que son el prólogo de la retirada de la policía y del despliegue, ya sin orden alguno, de la protesta que convierte el centro de la ciudad en zona de ocupación de los manifestantes. Finalmente, hay un tercer momento, que lo abre hacia las cinco de la tarde la entrada de las tropas del ejército; en su marcha por las calles de la ciudad poco a poco desiertas, las tropas van convergiendo sobre el Barrio Clínicas, adonde se ha replegado la resistencia y allí prosiguen los enfrentamientos, con disparos desde ambos lados, hasta la mañana del 30 de mayo; para entonces, no obstante algunos incidentes aislados, el orden en la ciudad ha sido restablecido y se comienzan a contar los muertos, a evaluar los destrozos materiales, a llenar las cárceles de detenidos.

Hemos evocado esta secuencia conocida con el fin de superponer sobre ella los cambios también conocidos que se van produciendo en el perfil social de los protagonistas del Cordobazo. La jornada de protesta había sido organizada por los principales sindicatos cordobeses y a su voz de orden se pusieron en movimiento las columnas de trabajadores en la mañana del 29 de mayo; entre ellas, la más importante parte de las plantas de IKA-RENAULT. En el primer momento la movilización tiene un acentuado perfil obrero; aunque es dominante no recubre empero totalmente el arco de los manifestantes: los centros de estudiantes universitarios, que habían encon-

trado en los meses previos una hospitalaria recepción dentro de la central sindical, también engrosaron con sus contingentes las columnas que se dirigían a la plaza Vélez Sársfield. A su paso, los manifestantes encuentran entre los vecinos que no eran originalmente de la partida una acogida entusiasta y son muchos los que se suman. A medida que avanza, el perfil en un principio obrero de la movilización se vuelve más heterogéneo. En las descripciones conocidas del Cordobazo este aspecto es subrayado cuando se alude a él como una jornada de protesta popular y ya no solamente proletaria.

En el segundo momento de la cronología, el universo popular de la movilización se vuelve visible en los relatos que recogen la solidaridad que los manifestantes ya enfrentados a la policía van encontrando, en las puertas que se abren para ofrecer refugio, en las voces que alertan sobre los movimientos de sus adversarios, en las manos que acercan los objetos más diversos para ser usados como proyectiles y, a la vez, como portadores de la ira que despierta una represión torpe y pronto desbordada. Los acontecimientos culminantes de este segundo momento —la destrucción e incendio ritual de las instalaciones de grandes empresas y la aparición de francotiradores— son también los que preanuncian el cambio que se producirá en la composición social de la movilización durante las horas siguientes.

A mitad de la tarde son numerosos los trabajadores que emprenden el regreso a los suburbios donde residen, los vecinos ahora cierran sus puertas. Con la entrada de las tropas del ejército a la ciudad, el perfil de los que están en las calles es cada vez más estudiantil, aunque son muchos los obreros que se demoran en ellas. El epicentro del tercer momento del Cordobazo estará en el Barrio Clínicas, un área de residencia con alta densidad de estudiantes, los cuales levantarán allí, rodeados de militantes obreros y vecinos del lugar, el último bastión de la protesta.

Desde los portones de IKA-RENAULT en el Barrio Santa Isabel hasta las pensiones estudiantiles del Barrio Clínicas, la movilización había, así, descrito un itinerario portador de un claro simbolismo; en sus extremos, se recortó la silueta de los dos principales animadores de la protesta, los trabajadores industriales y los jóvenes de las clases medias. El régimen militar en el poder había tenido la virtud de acercarlos codo a codo, inicialmente en Córdoba y pronto en muchos otros lugares, detrás de la misma barricada. Esta coincidencia por cierto novedosa en la historia del país se prolongaría luego, cuando galvanizados por la memoria del Cordobazo unos y otros converjan, con recursos es verdad diferentes, en el asedio al poder militar hasta quebrarlo espiritualmente, hasta forzarlo a replegarse y a dejar la vía política abierta para el retorno de Perón al país y al poder.

Sin embargo, las trayectorias seguidas por los trabajadores y por los jóvenes hasta aproximarse, primero en las filas del combate social y luego detrás de las banderas de la lucha política, no habían sido las mismas. Para los trabajadores representaba la culminación de la prolongada resistencia que, a partir de 1955, habían opuesto a los más diversos proyectos políticos que se propusieron, desde el poder, dismantelar los cam-

bios sociales e institucionales promovidos durante los diez años que duró el régimen peronista. Para los jóvenes era el comienzo desafiante de la vasta empresa que apuntaba a subvertir a sangre y fuego un orden que aparecía a sus ojos como moralmente injusto y políticamente cínico y corrupto.

No solamente la cita histórica que habría de reunirlos tendría para unos y para otros una significación distinta; también aquello que los movía era bastante diferente. En efecto, si la política de los intereses de clase era la que había inspirado a los trabajadores la defensa de sus posiciones adquiridas frente a los intentos por arrebatárselas, la revuelta moral era, entretanto, la que guiaría con pulso firme la cruzada armada que los jóvenes lanzarían contra las prácticas y los valores establecidos. A este respecto, es sugestivo que una mayoría de estos últimos hubiera puesto sus esperanzas de renovación en la figura de Perón. Al hacerlo, operaron un giro radical con relación a las convicciones políticas de los sectores de donde provenían. Recordemos que los estudiantes universitarios habían estado en la vanguardia de la oposición civil que contribuyó al derrocamiento del régimen peronista en 1955. Al cabo de los años ocurría que los hijos de quienes habían luchado contra Perón volvían la espalda a sus padres y abrazaban la misma causa contra la que éstos habían combatido. Mientras que para los trabajadores la lucha por el retorno de Perón equivalía a la reivindicación de sus antiguas lealtades, para estos jóvenes recién llegados al movimiento ella comportaba la consumación de un verdadero parricidio político.

En el Cordobazo y en los hechos sucesivos, que mantendrían en vilo a la sociedad argentina hasta 1976, son pues dos historias las que se intersectan. La primera y más antigua tenía por eje las consecuencias de la incorporación de los trabajadores a la comunidad nacional a mitad de los cuarenta por medio de la intervención de Perón. Cuando hablamos de consecuencias aludimos, en primer lugar, a un fenómeno singular: el lugar que los trabajadores llegaron a ocupar en la vida social y política del país fue, desde entonces, un lugar sobredimensionado. En efecto, el proyecto original de Perón apuntaba a introducir reformas en beneficio de los sectores del trabajo pero sin romper abiertamente con las clases propietarias. En nombre de la necesidad de prevenir la agudización del conflicto social, el hombre fuerte de la Revolución de junio procuró ganar a los empresarios para sus reformas. La negativa de éstos, y luego la ofensiva de la oposición civil contra el experimento político de los coroneles filo-fascistas de 1943, llevó a un cambio de planes. Perón fue conducido entonces a hacer un llamado directo a los trabajadores, los cuales de ser un elemento importante pero no exclusivo dentro de un esquema de armonía de clases terminaron convirtiéndose en el principal sostén del poder estatal emergente. Las transformaciones económicas y sociales por las que pasará el país estarán, así, dictadas por la primacía que la política revestirá en los designios del peronismo.

Como otros países de América Latina, Argentina se desenvolverá a través de la ruta de la industrialización pero lo hará por un sendero propio. Entre 1946 y 1948 se produjo una significativa redistribución del ingreso en favor de los trabajadores, lo cual

les dio, en una proporción desconocida en otros países de la región, una gravitación también significativa en el mercado de consumo de la economía urbana. La condición de posibilidad de esta política que incrementaba los salarios pero al mismo tiempo expandía la demanda de los negocios y aumentaba las ganancias de los empresarios, era provista por la transferencia a las actividades urbanas de buena parte de los ingresos generados por el mejoramiento de los precios de las exportaciones del agro. De este modo, las distancias temporales de varias décadas que suelen mediar entre el momento del crecimiento económico y el momento del derrame de sus beneficios hacia abajo en la forma de mayores ingresos reales y el acceso a bienes públicos como la salud y la educación, se acortaron notablemente en la Argentina de entonces. El logro de los atributos de una ciudadanía industrial, que en otras latitudes suele ser el desenlace de prolongadas luchas sociales, fue posible en un corto lapso gracias al aprovechamiento político de un conjunto de circunstancias favorables. Hoy sabemos que esas circunstancias favorables eran de corta duración y que no volverían a repetirse en el futuro.

La rueda maestra de la economía, la producción agropecuaria, empezó a trabarse a principios de los años cincuenta, por obra de cambios en los precios internacionales y el desaliento creado por las políticas internas en favor de la economía urbana. Quedó así, al descubierto, la débil sustentabilidad de la sociedad industrial de masas que Perón dejó detrás de sí, luego de su caída. A partir de entonces comenzó un conflictivo ajuste de cuentas con el legado histórico de diez años de transformaciones, entre las que sobresalían de manera prominente unas clases trabajadoras altamente sindicalizadas y con una fuerte presencia social y política. Si un ideal general unificó la convulsionada historia del país después de 1955, éste fue el de redimensionar el lugar hasta entonces ocupado por los trabajadores con el fin de revertir la distribución del ingreso y alentar la acumulación de capital para reconstruir el crecimiento sobre nuevas bases y crear, además, un orden político menos dependiente de su sostén directo.

Este propósito fue más fácil de concebir que de llevar a la práctica de manera perdurable. El peronismo, con sus políticas, modificó ciertamente el orden jerárquico y más excluyente que lo precediera. Pero éste también había sido progresivamente erosionado por el crecimiento industrial, la ampliación del mercado interno, el impacto de la urbanización, la expansión de la cultura de masas. Que el mundo social y político surgido a partir de estos desarrollos había echado raíces y estaba destinado a durar fue un descubrimiento que penosamente se impuso a quienes alentaban una vuelta hacia atrás. Sobre todo, a medida que la proscripción decidida contra los partidarios de Perón se revelaba ineficaz para bloquear la influencia que estaban en condiciones de ejercer debido a su peso social y su cohesión política.

Frente a ese poderoso movimiento de opinión levantado en defensa del país formado en la década peronista, no surgió un polo alternativo dotado de una parecida consistencia. Después de 1955, la secuela de gobiernos frágiles sin un respaldo social amplio, constantemente amenazados por un golpe militar en ciernes, y las divisiones existentes entre las fuerzas empresarias se combinaron para crear el campo propicio: los trabajadores, atrincherados detrás de sus organizaciones sindicales, se ocuparon de

aprovecharlo, abriendo brechas entre sus adversarios para evitar el aislamiento político y ser reconocidos como actores en su justo derecho, explotando, en fin, los vacíos del poder institucional a fin de negociar pragmáticamente ventajas económicas y una gravitación permanente sobre la arena política. Sin duda en esta empresa hubo avances y retrocesos, triunfos y derrotas, pero siempre una sostenida resistencia.

Es de destacar que esta resistencia se llevó a cabo desde los valores de la cultura política peronista. El nacionalismo, la justicia social, la conciliación de clases, fueron ideas-fuerza que impregnaron la socialización política de los trabajadores. En sí mismo, ellas no comportaban un cuestionamiento a la sociedad de clases y constituyeron un mecanismo de integración ideológica que, retrospectivamente, certificaba la eficacia de la operación de incorporación política de los trabajadores hecha por Perón. Ocurrió, empero, que en la tentativa por realizar aquellas ideas-fuerza, la acción obrera se cargó de tanto en tanto de un fuerte componente antagonista porque la realidad política en la que debía actuar se mostraba abiertamente hostil a ellas. Pero en la Argentina posterior a 1955, en la que el péndulo de la fortuna política se inclinaba de un lado a otro, frenéticamente, ninguna política pública prevaleció por mucho tiempo; de modo tal que también, periódicamente, se reabría la competencia por la reorganización del poder estatal y el sindicalismo era devuelto al teatro de las grandes maniobras, encontrando en el mercado político la posibilidad de revertir los resultados obtenidos en el mercado económico. En esas circunstancias, los trabajadores no encontraron en su cultura política razones para ir más allá de la estrategia de múltiples compromisos que animaba a los líderes del sindicalismo y que organizaba su esfuerzo por reinsertarse en el orden surgido del derrocamiento de Perón.

En verdad, fue sólo cuando esa estrategia giró en el vacío que se abrió un foso entre los líderes sindicales y los trabajadores. Típicamente esto ocurrió con la Revolución Argentina, cuando el lugar, hasta allí ocupado por gobiernos débiles y sensibles a las presiones, fue llenado por un poder autoritario que anuló la esfera pública como ámbito de arbitraje de demandas y de intercambio político. La parálisis del sindicalismo dejó entonces la vía abierta para el surgimiento de una movilización de base que reasumió, libre de cálculos políticos, el antagonismo de clase. Sin embargo, las "corrientes clasistas" que articularon esa movilización de base avanzaron hasta que las lealtades peronistas que unificaban la orientación ideal de los trabajadores opusieron una barrera a su crecimiento, impidiendo que sus logros en el plano del combate social se tradujeran asimismo en avances en el terreno político. A través del hueco dejado por esta fractura entre la acción de clase y la identidad política de los trabajadores se filtraría, más tarde, la represión contra los militantes clasistas lanzada por el peronismo, de nuevo en el poder como parte de un intento, al final fracasado, por poner bajo control las expectativas y pasiones desatadas por años de frustración y discordia.

El telón de fondo de esta historia de los trabajadores que a grandes rasgos venimos de reseñar, fue un orden político que perdió, bien pronto, la capacidad de contener y regular los conflictos, aquejado por una incurable ilegitimidad. Ya la decisión

de la Revolución Libertadora y del vasto arco de sus aliados civiles de excluir a los peronistas de la competencia electoral había introducido un ácido corrosivo en la restauración de la democracia representativa. Luego, cuando fue evidente que ello ponía fin a su influencia y que ésta reaparecía en el tráfico subterráneo de los apoyos políticos, la adulteración *ad hoc* de las normas electorales se encargó de dar una nueva vuelta de tuerca a ese vicio de origen. Pero lo que terminó por vaciar normativamente a este tortuoso juego político fue la disposición de las fuerzas políticas —tanto las reconocidas como las proscriptas— de jugarlo a fondo, aceptando sus reglas equívocas, con la secreta esperanza de volcarlo en su favor y alzarse con los despojos del poder en disputa.

Los conflictos en el plano político, derivados de la dificultad por encontrar una fórmula para encapsular la cuestión peronista, se prolongaron en el plano social, en la no menos ardua tarea de gobernar la pugna distributiva dentro de una economía que había perdido la capacidad de garantizar la ilusión de un juego de suma positiva. En el nuevo contexto de la detención del crecimiento y de los esfuerzos por encontrar nuevos impulsos, cada alternativa de política tenía la virtud de dividir el campo más rotundamente que antes entre ganadores y perdedores. Pero este sendero ahora más estrecho debía ser transitado en el marco del relativo equilibrio de fuerzas generado por el legado económico y social del régimen peronista. Así las cosas, aquello que en definitiva era llamado política pública terminaba siendo la expresión de compromiso alcanzado entre los distintos grupos de presión en un determinado momento. El desenlace de una situación donde la autoridad estatal orientaba cada vez menos y reflejaba cada vez más a las fuerzas en presencia, fue el espectáculo familiar de los gobiernos como una nave batida por las olas de un lado a otro, sin timón ni rumbo fijo, tratando de mantenerse a flote.

Esta visión del espectáculo debe ser retenida. Entre quienes debían proteger sus intereses y posiciones en medio del desorden político y en la frontera de la legalidad existió, en verdad, una resignada complacencia ante este estado de cosas, que operó incluso como un disuasivo frente a la comprensible tentación por escalar los conflictos. Pero quienes lo miraban desde afuera, por la edad, no habrían de dispensarle, llegado el momento, la misma benevolencia.

Esta breve referencia retrospectiva puede servirnos de nexo para retomar ahora la otra historia que convergió en el Cordobazo, la historia de los jóvenes de las clases medias.¹

Muchos fueron los contemporáneos que experimentaron la irrupción de la insurgencia juvenil como una suerte de viento salvaje entrando por las ventanas abiertas de un hogar pacífico. Esta fue, sin duda, una de las claves inspiradoras de la grande y aterradora operación de exorcismo que se montaría más tarde desde el estado. Por cierto, la evolución de las ideas políticas de la izquierda en la época hizo mucho por po-

1.- Las ideas desarrolladas en esta sección deben mucho a una reflexión en común con Juan E. Corradi.

pularizar la alternativa de la violencia armada. Pero mientras que ese camino iba a ser recorrido en otros países por grupos escogidos de militantes, lo que llama la atención en la experiencia argentina es que ésta asumiera el carácter de un verdadero movimiento de masas. De allí que la insurgencia juvenil entre nosotros, más que reflejar la eficacia de unas ideas, puso de manifiesto un fenómeno sociológico de alienación política, más concretamente, la magnitud del extrañamiento de las nuevas generaciones respecto de los valores e instituciones en que se habían formado.

Para seguir el itinerario de esta crisis cultural-política, que se superpuso a conflictos de más larga data en la historia del país, habría que retroceder a fines de los cincuenta. Nos hemos acostumbrado tanto a convivir con la juventud que olvidamos que ella surgió como fenómeno sociológico por esos años. Hasta allí la juventud era sobre todo una categoría biológica y fue entonces que ella recibió una identidad diferenciada a través de los mensajes que comenzaron a nombrarla desde los medios de comunicación masivos. La emergencia de la juventud como sujeto colectivo fue quizás el síntoma más significativo del proceso de modernización social y cultural que sacudía la Argentina, afectando la educación y la familia, renovando los contenidos y las formas de la sensibilidad colectiva.

Durante la década del peronismo el país se había desenvuelto culturalmente recluso; con su caída, el periodo de enclaustramiento llegó al fin y ello coincidió con grandes cambios culturales y morales en el mundo. Al abrirse la compuertas, las clases medias se apresuraron a apropiarse de las modas y las tendencias en boga; la vida intelectual recuperó su vitalidad, el deseo de actualizar los circuitos de producción y consumo agitó las universidades y un vigoroso movimiento en el que coexistían el revisionismo ideológico, el experimentalismo artístico y la crítica de costumbres se irradió desde una amplia red de nuevos centros de activación cultural.

Creecer durante esos años significó para los jóvenes de las clases medias experimentar más plenamente las novedades, exponerse más al impacto que sobre una sociedad ahora extrovertida, ejercía el espíritu iconoclasta que campeaba en el clima cultural y moral de la época. Creecer entonces significó, pues, tener más opciones pero también afrontar un futuro más incierto que el de sus antecesores. Para estos últimos llegar a la juventud era apenas el prólogo de carreras vitales a ser desarrolladas dentro de un orden político relativamente estructurado. A este respecto, es de destacar que el peronismo y el antiperonismo configuraron las dos caras simétricas de un orden, sin duda perverso en términos de convivencia, pero de todos modos eficiente para proyectar a partir de él papeles claros y aceptados en la vida social y política. Precisamente, fue ese orden el que pocos años después de 1955 comenzó a resquebrajarse como fuente autorizada de organización de las lealtades políticas.

La entrada a la vida pública de los nuevos estratos juveniles forjados en el proceso de modernización cultural y social se dio justamente bajo la forma de un malestar frente a esa división del cuerpo político en dos campos enfrentados. Cuando en 1958 Frondizi se propuso sustituir el inmovilismo de las ortodoxias político-culturales en pugna por el llamado al desarrollo económico y la integración política, encontró un

amplio eco entre los jóvenes. Sabemos, sin embargo, que este intento por canalizar a las nuevas generaciones disponibles por la quiebra de la autoridad del anti-peronismo, fue sólo por un breve lapso exitoso. La frustración de las expectativas puestas en una empresa que se presentaba nueva y prometedora tuvo además la virtud de iniciarlas a un fenómeno que caracterizará a estos años, la desarticulación del lenguaje político.

Ya el establecimiento de una democracia que podía coexistir con la exclusión de los derechos políticos a una sección considerable de la población había introducido una tensión insoslayable en el lenguaje político prevaleciente. Con Frondizi esa experiencia se exacerbó; viejas palabras recibieron nuevos significados, resultando en el notable *bricolage* discursivo que acompañó a una no menos audaz operación de combinación política. Así, llegado al poder proclamó que la liberación ya no era incompatible con la dependencia. Frondizi, que había escrito un muy difundido alegato nacionalista, se sintió libre para anunciar que, a fin de liberar al país de la sujeción al imperialismo, era necesario garantizar generosas concesiones petroleras a las compañías multinacionales. Este temerario ejercicio retórico llevó perplejidad a los viejos argentinos acostumbrados a escuchar los sonidos familiares de ideologías opuestas. Para las nuevas generaciones significó más bien la traumática confirmación de la corrupción de los ideales políticos. Con el paso del tiempo, el discurso político en Argentina se movió hacia una peligrosa libertad de toda consonancia. Eventualmente, y al compás de todas las vicisitudes de "un juego político imposible", cualquier combinación de notas fue admitida. No sorprende que esta disonante dialéctica encontrara, finalmente, un eco fatal entre quienes más tarde habrían de abogar por la violencia en nombre de la necesidad de llevar la paz a una sociedad conflictiva.

Durante los diez años que siguieron a la caída de Perón, la descomposición del orden político-cultural conspiró contra las demandas de auto-realización de los jóvenes y erosionó la credibilidad de las instituciones como ámbitos para perseguir carreras significativas. Los sectores más viejos y establecidos reaccionaron a este clima general apelando a sus probadas estrategias de supervivencia, buscando incluso alguna forma de acomodación para defender, en los márgenes, sus posiciones adquiridas. ¿Pero qué estrategia estaba disponible para las nuevas generaciones de las clases medias? El fin de la ilusión frondicista se resolvió por la radicalización de los estudiantes universitarios y el surgimiento de un extendido movimiento de secesión cultural. Esta doble movilización que se desprendió de la disgregación de las antiguas tutelas políticas e ideológicas fue por algunos años un fenómeno dissociado del movimiento que era la expresión de la disidencia política, el peronismo. Luego esa distancia se acortaría por obra de varias circunstancias, el cierre del sistema político por la Revolución Argentina, la divulgación exitosa de una suerte de populismo revolucionario, los gestos de seducción hechos por Perón en el exilio; pero estos hechos fueron apenas los catalizadores de una situación de alineación política pre-existente. Quizás, por ello mismo, éstos habrán de tener una relevancia política significativa en el desencadenamiento de la historia por venir.

“El movimiento hacia el pueblo”, que animará los pasos de los jóvenes de las clases medias en dirección del peronismo estará, pues, penetrado con la carga de sus repetidas frustraciones, por el desprecio a todo lo que la sociedad en la que habían crecido tenía para ofrecerles. Este fue el contexto que presidió el tratamiento mitológico al que sometieron la teoría y la práctica del peronismo en el momento en que sus seguidores tradicionales marchaban hacia la reconciliación con el orden existente. Frente a esta estrategia, a su juicio, inaceptable, la nueva generación levantó su propio proyecto formulado en un lenguaje que buscó recrear el tono de los años supuestamente heroicos del peronismo; así invocaron el fantasma de Evita como paladín de los excluidos y revivieron la figura del noble descamisado.

El reflujo de los jóvenes a ese pasado mítico operó como simbólico escudo frente al clima prevaleciente de compromiso. Las evocaciones de un tiempo ya distante buscaron preservar y reponer la idea del conflicto frente a un presente que marchaba a tientas pero seguramente hacia la resolución de antiguas y lasterantes discrepancias. Mientras que los trabajadores y su líder estaban siendo aceptadas como miembros de la comunidad política al cabo de 18 años en la periferia de la legalidad, los jóvenes comenzaron a predicar la revolución en nombre de las masas marginadas. A la reconciliación opusieron la ruptura, al presente pragmático y, a sus ojos, cínico, un pasado redentor y purificado. Con estos elementos construyeron su utopía armada y llevaron estupor y desasosiego a las otroras confiadas clases medias que las habían alimentado. Frente a este desafío, la sociedad argentina se encontró a sí misma sin respuestas. Desconcertados, políticos e intelectuales dieron un paso atrás para observar con impotencia la invasión de la escena pública por parte de aquellos para quienes la única manera de hacer frente a la juventud insurgente era la política del ojo por ojo, el único lenguaje la contra-violencia.

A 25 años del Cordobazo, las dos historias que hemos evocado están en una relación distinta de la que tuvieron entonces. Vista en perspectiva, la historia de los trabajadores ha sido una estratégica vía de entrada para recorrer las vicisitudes de la Argentina contemporánea. No obstante, entre 1969 y los diez años sucesivos dicha historia perdió su centralidad cuando la revuelta moral de los hijos de las clases medias y la brutal represión lanzada contra ellos desató una espiral de violencia que debilitó el carácter privilegiado que tenían los conflictos socio-políticos. Al cabo de esta dramática experiencia que culminaría en el terrorismo de estado, la historia de los jóvenes se hundió en los pliegues de la memoria colectiva. Y ganaron nuevamente la saliencia de siempre los problemas socio-económicos e institucionales que por casi medio siglo habían acompañado la historia de los trabajadores. Hoy, cuando los cimientos de la sociedad creada durante los años cuarenta y luego perpetuada por la enconada resistencia opuesta a los intentos por transformarla están siendo conmovidos por una ola de cambios, también esa otra historia, la de los trabajadores, parece estar en vísperas de dejar de ser lo que hasta ahora fuera.

¿Qué significado tiene entonces en las actuales circunstancias la conmemoración

del Cordobazo? Las conmemoraciones son, sabemos, operaciones políticas sobre la memoria que buscan en el pasado experiencias susceptibles de transmitir un mensaje pertinente a las necesidades del presente. En este sentido, creo que el recuerdo del Cordobazo no es sólo el recuerdo de un desgarramiento de la sociedad argentina; es, asimismo, la reposición de la aspiración de justicia y participación que buscó hacerse oír en medio del sonido y la furia de los acontecimientos de mayo del '69. Escuchar otra vez ese mensaje puede ser oportuno en momentos en que el país se desliza, a golpes de mercado, hacia territorios nuevos e inexplorados. ■

Cordobazo: algunos de sus mitos y leyendas

Lucio Garzón Maceda

Lucio Garzón Maceda es abogado
laboralista

ESTUDIOS • Nº 4
Diciembre 1994
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

La exposición de Torre constituye un estallido de ideas, aunque tal vez demasiadas... Me ha conmovido la fuerza de los análisis de Torre, coincidiendo con algún aspecto de su conclusión final.

Voy a procurar en mi exposición no alejarme del tema, de lo que es realmente el motivo de este evento; intentaré, pues, circunscribirme, con la mayor precisión posible a lo que considero son algunos mitos contruidos en torno al Cordobazo.

Parece importante rescatar, en lo posible, aunque sea mínimamente, la *verdad simple del Cordobazo*; creo que es la forma de que pueda sernos útil en el futuro.

Había pensado para cerrar esta exposición un pensamiento del sociólogo laboral francés, analista del movimiento obrero, Gerard Adam; la expongo al comienzo: refiriéndose al Movimiento Obrero dice que su desarrollo constituye un símil del suplicio de Sísifo, permanentemente esforzándose por procurar llegar a la cumbre del cambio, y cuando parece llegar se desploma y debe recomenzar la cuesta.

Nuestra idea del Cordobazo —a contrario de lo que muchos piensan— es que constituyó *la culminación de un proceso* que tuvo como actor o agente central —casi único—, al Movimiento Obrero de Córdoba, en tanto movimiento social, organizador de luchas colectivas trascendentes en la búsqueda de cambios. Se trata de un Movimiento Obrero que prácticamente comienza a languidecer —en tanto tal— casi inmediatamente después del Cordobazo, lo que no obstó para que pudieran aparecer nuevas formas de acción sindical, con variadas calificaciones. Esas nuevas formas no contradicen que, en tanto Movimiento Social, la organización sindical cordobesa haya culminado su gestión histórica el 29 de mayo de 1969. Pero... como Sísifo, al llegar a la cumbre, se producen cambios, titubeos, para luego descender; la máxima expresión sería la